

Amistad entre Santa Teresa y los jesuitas

“Con esos Padres de la Compañía yo me sé avenir”, escribe la Santa en mayo de 1572. Y al pensar ahora yo —no santa, claro es— en el hombre de Dios, hoy doliente General de la compañía, Padre Pedro Arrupe, me viene la estampa para mí imborrable de su sonrisa: con ella da fe de su oración sin pausa, y de su no pensar sino en la humanidad. Y estas dos cosas son las que le propuso a la Santa, como programa de vida, su primer confesor de la Compañía, Diego de Cetina, del cual dice en la VIDA: “¡Qué gran cosa es entender un alma!” En todo tiempo gran cosa es, pero rarísima virtud poco practicada. Para la carmelita, entonces todavía calzada, todavía asustada ante el grado subido alcanzado por su oración, la llegada de los de la Compañía a Avila —1551— es ráfaga de aire respirable para su alma. Por entonces, confesores suyos y los prelados consultados ponían a toda hora en guardia frente al diablo, gestor posible —según ellos— de tan grande maravilla como eran sus encuentros con el Señor. Ciertamente que por entonces, durante breve tiempo por fortuna, también un confesor suyo de la Compañía fue adverso de la oración de Teresa santa. Pero ido el Rector de la casa ignaciana de Avila, y al paso por la villa del futuro San Francisco de Borja, los demás confesores de la Santa, pertenecientes a la Compañía de Jesús fueron poniéndole: “en más perfección”, y ella sintió siempre “gozo en entender que aquella alma me había de entender”, razón por la cual le daba siempre gran contento y seguridad que hubiera “casa de la Compañía de Jesús en aquel lugar a donde iba”, naturalmente a fundar. Casa donde podría hallar gentes de “letras y espíritu”, de oración y de acción. La hoy Doctora de la Iglesia, y desde todo tiempo Santa, tenía en gran veneración las “letras”, y aunque se dice lega en ellas,

por sana prudencia loable en sus días, no es sino mujer cultísima, además de inteligentísima.

Teresa de Jesús tiene veneración por la “Orden” de San Ignacio, y por su parte los de la Compañía siempre han favorecido sus fundaciones. Da fe en ello —28-VI-1568— escribiendo: “ellos son mis padres, y a quienes después de nuestro Señor debe mi alma todo el bien que tiene, si es alguno”. La Santa sigue teniéndose a sí misma por mujer de poco, aunque ya ha fundado, ya se sabe amada por el Amado, ya tiene cincuenta y tres años, y es bien conocida.

Descalzos y Compañía de Jesús eran “religiones” (órdenes religiosas) nuevas. No es extraño que los cristianos nuevos y sus descendientes, fueran sus ayudadores puesto que ellos eran bienvenidos a tales “religiones” mientras se veían rechazados en otras muchas por no ser cristianos viejos. Aquellos nuevos pretendían unir alma y vida de modo coherente y sensible —que el alma en soledad consigo misma, aunque ella se goce, poco presta al prójimo. Las “religiones” nuevas saben que el alma no puede ausentarse del cotidiano vivir, porque sin ella es el vivir agrio y no entrañable. Y saben bien sabido lo que pasará a la tarde: “a la tarde, te examinaré en el amor” (San Juan de la Cruz). y será Dios mismo quien lo haga. Con todo, es cosa de asombro cómo Teresa Santa es consciente en todo momento de que el amor no es tan sólo destello instantáneo del encuentro en “oración subida” del alma y Dios, sino ha de ser viva realidad del cotidiano vivir humano entre humanos —en la humanidad. Ella misma no llegaba a entender cómo de modo tan natural se conjuntaban, y no se excluían entre sí, su tiempo de Dios y su tiempo de “barahunda” cotidiana. Vivir en clave de amor siempre, el suyo. Vivir por ella bien entendi-

do, aunque no era fácil de expresar en palabras: vivir entendido “no entendiendo”.

Aquel siglo XVI fue tiempo de Santos fundadores no sólo de “religiones” sino de un nuevo modo coherente de vivir la vida personal en este mundo que pisó Jesús, Cristo.

Pero de todo esto más sabe que yo —y su decir parece que nos falta en este año del cuarto centenario teresiano— el siempre amigo de Santa Teresa, el querido Padre Arrupe, hombre de oración y de gran bien expandido en torno suyo.

Carmen Castro.

Diciembre, 1981

